

ardiente de Eufrosia; acusábase frecuentemente delante de Dios de amar demasiado á aquella niña, que tenía otra madre, y temía mostrar á los ojos de Josefina la extensión, la profundidad del amor que tenía á Cecilia; había en su corazón un combate continuo: hubiera querido abrazar, besar, llenar de caricias á la niña que le recordaba á Elisa, y temía que la verdadera madre se ofendiese de sus extremos, y que los celos alterasen esta amistad preciosa y hasta allí tan pura. Dominábase, y sofocaba las aspiraciones de su corazón amante, de su pobre corazón siempre desdeñado; desconfiaba de sí misma, y se mortificaba diciéndose de antemano:

—Hoy no quiero abrazar á Cecilia.

Pero si la niña iba á ella con los brazos abiertos, si la buena viuda Robert sonreía mirándolas, brotaban lágrimas de los ojos de Eufrosia; su amiga fijaba en ella su tranquila mirada y le preguntaba:

—¿Qué tenéis? ¿Os disgusta que Cecilia os abrace?

Cuando por la noche volvía Eufrosia á su habitación, Josefina sentaba á su hija sobre sus rodillas, y le decía de buena fe:

—Cecilia, no acaricies demasiado á nuestra buena vecina, porque piensa en su hija que ha perdido, y esto la causa pena.

La niña obedecía; Eufrosia se entristecía en silencio, pero hasta estos pesares tenían su dulzura: la pobre mujer era feliz al ver que á pesar de tantos golpes como la habían

magullado, su corazón era aun sensible y capaz de amar.

—¡Yo no había nacido cruel,—se decía,—había en mi alma ternura para todos, y ahora es cuando lo siento!

Mas la humildad hablaba en seguida en su alma y exclamaba:

—¡Mas por lo mismo soy más culpable! cedí al odio y á la cólera, y maté á mi propia hija! ¡Oh, gran Dios! ¡tened piedad de esta miserable criatura, y no permitáis que halle consuelos en este mundo! ¡yo no los merezco!

Tuvo, sin embargo, un consuelo, pero severo como su destino: una noche se quejó Cecilia de un fuerte dolor de cabeza; al día siguiente, y apenas se hubo levantado, fue acometida de un desmayo; se la volvió á acostar, y una fiebre violenta se declaró en seguida: se llamó al médico que la observó, y dijo friamente:

—Ha sido acometida de la fiebre tifoidea que reina ahora.

Estas palabras atravesaron como una espada el alma de Josefina; su mirada llena de desolación se fijó en su amiga: ésta la estrechó la mano, y la dijo con fervor:

—¡La salvaremos!

Desde aquel instante ambas velaron á la cabecera de aquel lecho, donde descansaba una criatura pálida y aniquilada, cuya sola vista desmentía las promesas de la esperanza.

El mal se anunció grave, terrible; la niña

perdió el conocimiento desde el segundo día; las dos mujeres, siempre de pie, siempre vigilantes, no la perdían de vista un momento. Josefina no consintió en ceder á Eufrasia uno sola noche de vela, un solo día de fatiga; permaneció en su puesto de madre combatiendo el mal, rezando, suplicando y velando, hasta que aquel mal enemigo la venció á ella misma.

Cayó mala al lado de su hija, y Eufrasia quedó sola, sola entre aquellos dos lechos de sufrimiento, sola en presencia de la pobreza, sola en presencia de la muerte que se aproximaba, y de la cual era necesario triunfar.

Volvió á hallar su gran valor de otros días, y no pudo bastar para su árdua tarea; sin cesar iba de la una á la otra cuidando con el esmero más extremado á sus queridas enfermas; sabía las palabras que consuelan y que calman; tenía el instinto de lo que alivia; la almohada mullida, el cobertor separado del pecho oprimido por el peso del mal, la luz velada para los ojos demasiado débiles y el aire renovado á tiempo; la limpieza, esa salud de los enfermos, llevada á cabo en silencio; todos estos detalles eran llenados por Eufrasia con una delicadeza exquisita; todos sus movimientos eran dulces; todos sus pensamientos tiernos y vigilantes; el médico se asombraba de que sus prescripciones fuesen observadas con tanta exactitud y diligencia; y se hubiera asombrado mucho más si hubiera sabido contra qué dificultades

des tenía que luchar la enfermera que con tanto valor las cuidaba.

En el momento en que Josefina Robert había caído enferma, apenas tenía dinero en su poder; pero poseía un fondo de economías al que contaba echar mano para atender á su hija; el adormecimiento y el delirio la embargaron, y no pudo expresar sus intenciones á Eufrasia, ni ésta abrigó por un momento la idea de tocar á aquel pequeño tesoro cuya existencia conocía; un sentimiento confuso de probidad la retenía; el recuerdo del pasado la hacía temerosa, y se decía que una mujer que había estado reclusa debía ser más delicada, más reservada que otra cualquiera.

Además, ¡le parecía tan fácil y tan dulce el sacrificarse por sus amigas!

Desde que la muerte de Fernando le había permitido hacer algunas economías, del producto de su trabajo, poseía dos ó tres vestidos, un poco de ropa blanca y un pequeño armario de nogal que encerraba su reducido guarda-ropa; el armario fue lo primero que se vendió, y el boticario, gracias al dinero en que fue vendido, dió todos los medicamentos ordenados por el doctor.

Agotada la pequeña suma, Eufrasia, con el corazón lleno de alegría, vendió su mejor vestido negro. Cecilia iba mejor, y ya se le podía dar un poco de caldo; después del vestido, se vendió el chal de cuadros negros y blancos. Josefina pedía jarabe, alguna cosa que fuese muy fresca; después, y poco

á poco, vendió toda la ropa blanca, reservándose sólo sus dos peores camisas; estaban ya la madre y la hija en convalecencia, y necesitaban buen alimento y un poco de vino generoso.

Durante este tiempo Eufrasia vivió sólo de pan y leche.

En cuanto la viuda Robert fue capaz de formular un pensamiento, se informó de lo que pasaba.

—¿Cómo hemos vivido?—dijo á Eufrasia;—¿deberemos algo? ¿decidmelo, mi buena Eufrasia!

Madame Lahousse la tranquilizó, y Josefina con la cabeza fatigada dijo solamente:

—Mi querida amiga, tomad dinero del cajón de la cómoda, y dad á Cecilia cuanto le haga falta.

Recobraron al fin la salud las dos. Eufrasia no hallaba palabras bastante tiernas para dar gracias á Dios y á la madre de las misericordias, á los que tan fervorosamente había invocado durante aquellas tres semanas de prueba.

Fue un hermoso día aquel en que madre é hija pudieron hacer juntas la primera comida; ambas expresaron á su fiel enfermera tan tierna gratitud, que el Señor le había pagado con usura su deuda de felicidad sobre la tierra.

Cuando la convalecencia iba ya adelantando, Josefina rogó á un Sacerdote de su parroquia que dijese una misa en acción de gracias: mas en el momento de ir á la igle-

sia la madre y la hija, vestidas con sus mejores trajes, notaron que Eufrasia no se disponía á seguirlas.

—¿Por qué no venis también?—le preguntó Josefina.

—Tengo trabajo que corre prisa,—respondió Eufrasia,—y no puedo dejarlo.

—¡Oh, qué mala razón!—exclamó Cecilia;—idos á vestir; aún os podemos esperar.

Eufrasia se puso encarnada; la era imposible vestirse porque no poseía nada: Josefina que la observaba, sorprendió este rubor; salió vivamente de la habitación y volvió un instante después.

—¡Eufrasia!—exclamó,—¿qué habéis hecho? ¡Lo habéis vendido todo por nosotras! ¡vengo de vuestro cuarto y está vacío! ¡ni un solo vestido! ¡y no habéis querido tocar ni á mi reloj, ni á mis cubiertos, ni á mis vestidos, ni á mi ropa blanca, ni aun á mi dinero que veo allí intacto! ¡eso es demasiado, mi generosa, mi tierna amiga! ¿Por qué no habéis obrado conmigo con la franqueza de una hermana, puesto que como á tal os miro? ¡Es preciso que vengáis á la iglesia, y que os pongáis mi vestido, mi chal, mi gorro, y todo cuanto os haga falta!

Al decir estas palabras abrazaba á Eufrasia que estaba sofocada de alegría, y que se dejaba vestir por la madre y por la hija, sin saber lo que hacían; partieron juntas, y sin duda Dios recibió como un incienso de exquisito perfume las plegarias que elevaban hasta su trono, aquellas dos mujeres, aque-

llas dos madres, y su hija vuelta á la vida; el reconocimiento desbordaba de sus almas; este sentimiento tan raro entre los grandes y los dichosos de la tierra, que olvidan dar gracias al cielo por los dones que les prodiga, llenaba el alma de las dos pobres viudas, que bendecían á Dios por la salud recobrada, por la amistad cimentada para siempre, como hubieran podido hacerlo por las más raras munificencias; la niña rogaba por su madre curada y por la amiga de su madre, y desde este día, la tierna unión de aquella familia de amigas, unida por la desgracia, fue más íntima que nunca.

Algunos años se pasaron así. Cecilia era casi una joven; ya no iba á la escuela y había llegado á ser una diestra obrera; trabajaba siempre entre su madre y su amiga, y le gustaba en sus largas conversaciones, en los recuerdos de su corta vida, traer á la memoria la abnegación de Eufrosia, que la había velado, cuidado, salvado, mientras la fiebre tifoidea había puesto en tan grave peligro la vida de su madre y la suya.

—Cecilia mía, — le decía su madre, — tú debes amar casi como á mí á esta pobre Eufrosia. ¡Qué hubiera sido de nosotras sin ella, enfermas las dos y solas!

—¿Y yo, qué hubiera hecho sin vosotras? — decía á su vez Eufrosia;— sólo he conocido un poco la dicha desde que os conozco, Josefina!

—Nada más natural que el prestarnos ayuda acá abajo; pero vos habéis hecho más que

ayudarnos; día y noche os habéis sacrificado por nosotras, nos lo habéis dado todo, todo lo habéis vendido, y aunque estaba bien mala ya veía que hacíais por Cecilia lo que hubiera hecho yo que soy su madre. ¡Ah! No sabéis la dicha que he sentido al ver que la amáis.

Josefina repetía esto con frecuencia, y parecía que á ello estaba unida alguna idea particular; desde que había sufrido la fiebre su salud había quedado delicada, y algunas veces Eufrosia la miraba con espanto, encontrándola cada día más débil y más lánguida que la víspera: perdía fuerzas sin cesar y no las recobraba por grandes que fuesen los cuidados de que la rodeaban; eran precisas semanas y aún meses para que este cambio fuese visible á otros ojos que á los de una vigilante amistad.

Cecilia, que estaba en la edad en que se ve todo al través del velo de la esperanza, se engañó durante largo tiempo. Su madre estaba débil porque hacía calor; estaba pálida porque se había atareado demasiado la víspera para terminar un lindo trabajo; subía con pena porque la escalera era muy mala; tenía opresiones, pero el médico decía que era un efecto nervioso y nada más que nervioso. Hacíase aún estas ilusiones, cuando ya hacía largo tiempo que la esperanza había huído del corazón de Eufrosia.

Esta no se atrevía á decir nada á su amiga, pero Josefina fue quien la previno; una tarde de otoño estaban solas, pues Cecilia